

Estudios Sociales
 Vol XXVII, Número 98
 Octubre-Diciembre 1994

UN LIBRO PARA ROMPER EL SILENCIO:
 ESTADO Y CAMPESINOS AL INICIO
 DE LA ERA DE TRUJILLO, DE ORLANDO INOA

Pedro L. San Miguel*

Hacer propia la experiencia ajena (des-enajenarla, si se quiere) es uno de los motivos fundamentales de su testimonio, mas no supone la vivencia vicaria de lo experimentado por los otros, sino el rescate de la comunidad guardada con ellos, en las palabras y momentos compartidos.

Juan Duchesne Winter, *Narraciones de testimonio en América Latina: cinco estudios* (Río Piedras, 1992), p. 14.

Agradezco profundamente a Orlando Inoa el privilegio que me ha conferido al solicitarme que presente su libro **Estado y campesinos al inicio de la Era de Trujillo** (Santo Domingo, 1994), obra que sale a la luz pública gracias al auspicio de ese foro de discusión sobre la República Dominicana que es la Librería La Trinitaria. Mi agradecimiento es doble: primero, porque me brinda la oportunidad de expresar algunas inquietudes sobre la República Dominicana, país

-
- * Esta es una versión ligeramente revisada de la presentación leída en la puesta en circulación de dicha obra, celebrada en la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, el 5 de mayo de 1994. Pedro L. San Miguel (Ph.D. Columbia University, 1987) es Catedrático Asociado en el Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico, recinto de Río Piedras.

que he aprendido a valorar y sufrir como si fuera el mío. También deseo señalar que mi intención no es hacer una presentación llena de frases altisonantes, pero carentes de contenido. Ni ustedes ni el autor del libro merecen sufrir un acto más de nuestra característica retórica tropical. Más bien, aprovecho la oportunidad que se me brinda para compartir varias reflexiones con ustedes y con el amigo Inoa. Confío que de las mismas se desprenda la enorme pertenencia de la obra por la cual estamos reunidos esta noche. Quiero lanzar provocaciones más que loas; espero que la provocación incite al diálogo y a la discusión. En nuestros países, donde el poder ha convertido a la cultura en mero rito conmemorativo, es necesario restituirle a ésta su función crítica. Este prende ser, pues, un modesto ejercicio de reflexión que contrarreste en alguna medida los afanes celebratorios de la "memoria del poder".

Para iniciar este comentario sobre el libro de Orlando Inoa, me permitiré leer un breve artículo, de carácter periodístico, titulado "*La paradoja de la democracia dominicana*". El mismo, escrito hace unos meses, dice así:

"En la República Dominicanas, del siglo XIX a nuestros días, los problemas del campo y de la estructura agraria han jugado un papel fundamental en el discurso político, económico y social. Por tal razón, el campesinado ha aparecido como elemento central de la discursiva en torno al agro. Pocas palabras se han empleado más en los discursos y las rimbombantes proclamas de proyecto de envergadura -del pasado o del presente- que, de alguna manera, no destaque las formas en las cuales se beneficiarán los "hombres del campo", los "agricultores", o los "labriegos", términos usados como sinónimos de "campesino".

En el siglo XIX, buena parte de los proyectos económicos tuvieron como propósito impulsar la producción campesina Pedro Francisco Bonó, "padre de la sociología dominicana", fue, en buena medida, un ardiente defensor de la economía campesina tradicional frente a los grandes latifundios. Otros, por el contrario, consideraron que era necesario erradicar, o al menos transformar, la pequeña y la mediana propiedad. Para los últimos, este paso era necesario para lograr que la República Dominicana, siguiendo el modelo de Estados Unidos y Europa, entrase en el reino de los países "civilizados" por medio de la "modernización" de sus estructuras económicas y sociales. A fines del siglo XIX y a principios del XX, esa "modernización" habría de aleanzarse a través de una creciente expansión del mercado. No está de más señalar que, al menos en espíritu, muchos de los proyectos económicos de entonces eran similares a varios de los planes neo-liberales de fines de siglo XX. Tampoco

está de más resaltar que, en la Década de 1930, con la Gran Depresión, se desplomaron muchas de las quimeras de las décadas previas, las que habían visto en el mercado una panacea a los problemas de país. Quizás valga la pena recordar que el desaliento causado por el fracaso de dichos planes abonó el terreno, en la República Dominicana y en el resto de América Latina, para el surgimiento de regímenes autoritarios o francamente dictatoriales.

A tono con las expectativas en boga, entre la intelectualidad de principios del siglo XX, se consideraba que el campesinado era un lastre al desarrollo nacional; por supuesto el paradigma de "desarrollo" eran los países industrializados. Esta corriente de pensamiento, tan afín a las existentes en otras partes de América Latina y el Caribe, partía de la premisa de que el campesinado representaba la "barbarie"; en consecuencia, la "civilización" conllevaba la superación de muchas de las formas de vida, prácticas y creencias propias del campesinado. Como sugiere Andrés L. Mateo en su excelente estudio *Mito y cultura en la Era de Trujillo* (Santo Domingo, 1993), en el fondo, el llamado "pesimismo dominicano" escondía la percepción negativa que tenían las élites del país sobre las masas rurales. Los grupos letrados de entonces consideraron que el "conchoprimismo" -elemento político predominante en la República Dominicana a principios de siglo- se originaba en la existencia de una gran masa campesina "atrasada", "inculta" y "pobre", material y espiritualmente. La "modernización" de la sociedad dominicana conllevaba -según esta lógica- la transformación de las prácticas económicas, sociales y políticas del campesinado.

Por supuesto, eran los letrados, quienes directa o indirectamente aspiraban al poder, los que definían qué constituía lo apropiado para lograr dicha "modernización". Eran ellos, también, los que pretendían establecer el lugar de los sectores campesinos en la vida política. Pocos reconocieron a los campesinos capacidad para articular reivindicaciones legítimas; ninguno -que yo sepa- los reconoció como actores políticos en sus propios méritos. En la medida en que los campesinos tenían algún tipo de injerencia en la política -y me refiero a las luchas por definir el ejercicio del poder en una sociedad, y no meramente a los aspectos más superficiales de la lucha partidista-, la misma se veía como apéndice de algún caudillo, capaz de movilizar a los sectores rurales gracias a su prestigio, carisma o recursos económicos. Esta percepción, simplista a todas luces, ha perdurado hasta nuestros días. También es común despachar la adhesión de los sectores rurales a determinados líderes o partidos a base de un supuesto "conservadurismo" innato a los grupos campesinos. Nuevamente, este tipo de argumento resulta *insuficiente*: después de todo, poco se puede explicar si se asume que los campesinos no estén inmutables, incapaces de cambiar sus formas de percibir las relaciones de poder.

La ascensión de Trujillo al poder inició una nueva etapa en la relación entre los campesinos y el discurso político. En buena medida, el Estado Trujillista intentó alcanzar un mayor desarrollo económico y fundar su poder político a expensas de las masas rurales. Por un lado, se diseñaron programas de carácter fomentalista para lograr una mayor integración del campesinado a la economía

de mercado. Algunos de dichos proyectos redundaron en beneficios económicos para determinados grupos de campesinos. Por otro lado, el régimen trujillista estableció un férreo sistema represivo, el que se orientó a "domesticar" a las masas campesinas, aumentando el control del Estado sobre ellas. El dictador y su corte de intelectuales tenían ideas muy precisas sobre el papel de los campesinos en la sociedad. La tarea primordial de los campesinos estribaba en producir bienes agrícolas para el mercado interno, para suplir a las industrias nacionales y para la exportación; en el segundo lugar, combinando el paternalismo y la coacción, se intentó convertir a los campesinos en uno de los pilares políticos del régimen.

Pero en el fondo, tanto económica como políticamente, el régimen trujillista adoptó una postura unidimensional frente a los campesinos. Económicamente, se asumió que las energías de los campesinos podían ser orientadas, de forma mecánica, hacia los proyectos y las actividades productivas priorizadas por el régimen. Desde el punto de vista político, se partió de la premisa de que el campesinado era absolutamente manipulable a partir de medidas como el reparto de tierras. Durante el Trujillato, la distribución de tierras se orientó, en muchos sentidos, a ganar la adhesión del campesinado. Y no debemos dudar de que tales repartos contribuyeron, en efecto, a ganar al dictador un apoyo amplio entre los campesinos. Pero esto no es lo que está en discusión: es natural que así haya ocurrido. Lo que quiero resaltar, a partir de las acciones de la dictadura, es la perspectiva que tenía el régimen trujillista sobre el campesinado. Al respecto, el régimen mostró su adhesión a las visiones elitistas de principios de siglo, que ninguneaban al campesinado como agente capaz de actuar autónomamente.

*Con el fin de la dictadura, en el país se vivió una efervescencia política. En esos momentos, el campesinado tenía potencial de contribuir el éxito de cualquier movimiento político -de izquierda o de derecha-. Aunque en diversos lugares del país surgieron movimientos de protesta y reivindicación, y aunque entonces se habló con más insistencia de las desigualdades sociales, lo cierto es que la urgencia por resolver otros problemas de envergadura impidieron una consideración profunda del "problema campesino". Hubo, por supuesto, instancias en las cuales los campesinos acapararon la atención nacional. En tales momentos, pareció que a los campesinos, finalmente, se les reconocerían un espacio propio en el espectro social y político del país. Pero como ha mostrado Lucitania Martínez en *Palma Sola: opresión y esperanza* (Santo Domingo, 1991), las autoridades estatales no estaban en disposición de tolerar las expresiones autónomas del campesinado, las que potencialmente ponían en peligro la erección del nuevo orden post-trujillista. Aún en medio de las incertidumbres del momento, los nuevos aspirantes al poder no estaban dispuestos a tolerar la disidencia campesina. El resultado fue que, nuevamente, el campesinado fue reprimido y, a la larga, marginado -como sector social con posibilidades de articular demandas propias- del debate y las luchas políticas.*

El fin de la dictadura no conllevó una transformación radical de los principios que habían regido las relaciones entre los sectores letrados -intelectuales y políticos- y el campesinado. A principios del siglo XX, muchos intelectuales argüían en pro de la economía campesina; pero, en el fondo, asumían una actitud paternalista hacia el campesinado. En la década de 1960, se expresó una nueva paradoja: los grupos que atacaron al trujillismo debido a las profundas inequidades sociales que propició, y que enarbolaron la bandera del cambio de las estructuras agrarias, se mostraron incapaces de establecer vínculos orgánicos con el campesinado. No es éste el lugar de examinar las causas de ese fenómeno; ciertamente, hubo intentos heroicos por ganar adhesión entre el campesinado. Pero el hecho es que, con pocas excepciones, la ruralía permaneció ajena a los intentos de movilización masiva en contra de la "explotación capitalista" y el "imperialismo", tal y como abogaban muchos de los grupos defensores de las transformaciones radicales.

Y no era para menos: tras más de 30 años de dictadura feroz, las consignas del trujillismo habían calado hondo en todos los sectores de la sociedad dominicana. Por ende, la capacidad de acción del campesinado se vio limitada, entre otros factores, por el lastre ideológico que cargaba. Sin embargo, no se puede obviar que hubo grupos campesinos que, de forma incipiente, mostraron, recién caída la dictadura, su malestar ante las condiciones de privación y opresión en que vivían. La tradición popular recuerda los momentos de inquieta expectación -mezcla de desasosiego y difusa esperanza- que vivieron en las zonas rurales al extenderse el rumor del asesinato del tirano. Con todo, la quietud, más que la movilización, tendió a predominar en las zonas rurales.

Durante los años subsiguientes, la República Dominicana inició un tortuoso, lento y doloroso proceso de transformación política, económica y social. No creo necesario mencionar los elementos más relevantes de dicho período: los hechos son recientes y muchos de los principales actores viven todavía. Si quiero destacar que varios comentaristas de la política dominicana han explicado ese período en términos del "proceso de democratización" que, según ellos han vivido el país desde entonces. Por supuesto, se refieren a la "democracia representativa", de tipo "occidental". Muchas de tales interpretaciones me hacen pensar que la "democracia" dominicana encierra una enorme paradoja.

Una de las acepciones más comunes del término es que la "democracia" es el gobierno del pueblo o de las mayorías. Pero, ¿no han sido los campesinos -al menos hasta muy recientemente- las mayorías de este país? ¿Qué representación han tenido, entonces, los campesinos en el Estado dominicano? ¿Quiénes y cómo han ejercido el poder a nombre o en función de las grandes masas rurales? Estas preguntas me parecen del todo pertinentes, máxime si partimos de la premisa de que, a través de sus luchas, los campesinos han sido, a mi modo de ver, un factor **esencial** en el proceso de democratización de la República Dominicana. ¿No es acaso evidente que su paciente reclamó por reformas -las que usualmente llegan tardes o incompletas- ha evitado conflictos sociales de mayor envergadura? Esto no

niega la existencia de los conflictos y las luchas sociales; pero sí implica que el campesino dominicano -por razones muy complejas que todavía aguardan explicación- ha optado por lo menos llamar una lucha "de baja intensidad". No está de más decir que, con frecuencia, las respuestas que han recibido los campesinos ante sus reclamos no han sido, lamentablemente, de tan "baja intensidad".

Hoy en día, cuando la agricultura campesina en la República Dominicana está en crisis, vale la pena ponderar los aportes de los hombres y las mujeres del campo al proceso de democratización en las últimas décadas. Es muy probable que este planteamiento produzca expresiones irónicas y hasta sospechas. Después de todo, los análisis prevalecientes sobre la democratización en la República Dominicana suelen concentrarse en el liderazgo político -sea de izquierda o derecha-, en las acciones de los partidos políticos, en las medidas estatales, en el rol de los Estados Unidos, o en el papel de los sectores urbanos, sobre todo de los grupos empresariales.

Sobre el particular, me parece pertinente la interpretación de Barrington Moore, Jr. sobre las raíces históricas de la democracia. En su libro *Social Origins of Dictatorship and Democracy* (Boston, 1966), un clásico de las Ciencias Sociales, Moore destaca el papel de la aristocracia en el surgimiento de una tradición democrática en Inglaterra. Por supuesto, las intenciones de esa clase social no eran, ni mucho menos, transformar los fundamentos del Estado inglés, permitiendo un mayor acceso al poder a los grandes sectores del país. Su propósito era mucho más restringido y, podemos añadir, más egoísta. A lo sumo, la aristocracia inglesa pretendía alterar su relación de poder con la corona. No obstante -destaca Moore-, la lucha de la aristocracia contra la monarquía contribuyó a ampliar el concepto de la libertad existente entonces. A la larga, las luchas sociales y las aperturas ideológicas y políticas que propició dicho conflicto, permitieron la inserción de los programas y las agendas de otros grupos y sectores, inclusive de los grupos subalternos. A partir de este análisis, Moore concluye que las fuentes sociales de la libertad pueden residir, no sólo en las aspiraciones de las clases en ascenso histórico, sino, también, en las clases destinadas a desaparecer como resultado "progreso".

Luego de 1961, el campesinado inglés siguió una línea de acción que evitó una confrontación social de gran envergadura. Esto no fue resultado de ningún acuerdo concertado. Si fue producto de un *saber* particular, enraizado en una vida plagada de miseria, incertidumbre y decepciones. Pienso que también fue producto de las concepciones campesinas sobre la justicia y el poder, de sus *percepciones sobre su lugar en la sociedad y acerca del origen de sus males*. El caso es que los campesinos optaron por reclamar tierra, crédito, asistencia y servicio, una y otra vez, en un tenaz juego de voluntades. Quizás parezca torpeza, pero tengo la impresión de que, gracias a esta obstinación, los campesinos consiguieron desacelerar un proceso de cambio económico y social que, de otra forma, los hubiese barrido hace tiempo. Igualmente importante, ¿nos hemos preguntado cómo las acciones de los grupos campesinos contribuyeron al surgimiento de formas de vida más abiertas y democráticas, aunque sea en un sentido restringido? Y aún así, el

UN LIBRO PARA ROMPER EL SILENCIO

campesinado pagó un precio muy alto por seguir tal línea de acción. Valdría la pena que alguien contabilizase los miles de campesinos perseguidos, hostigados, muertos, golpeados, atropellados, encarcelados y vejados, de múltiples formas, de 1961 en adelante.

Ciertamente, el campesinado dominicano no se propuso, a partir de entonces, transformar las estructuras política y sociales del país. No está de más recordar que, en gran medida, tampoco fue esa la intención de la nobleza inglesa en el siglo XVII, ni la de los nobles franceses cuando reclamaron al rey la reunión de los Estados Generales en 1789. Pero eso no debe extrañarnos: Moore señala que, con frecuencia, el resultado de los procesos históricos tiene poco que ver con las intenciones expresa de los sectores sociales. ¿No es, pues, una gran paradoja, política e intelectual, que todavía se escatime el papel del campesinado en el proceso de democratización de la República Dominicana?*

Hasta aquí llega el artículo de marras.

Antes de continuar, tengo que excusarme por cometer la terrible inmodestia de comenzar esta presentación citando extensamente un texto mío. En segundo lugar, me excuso por no poderles ofrecer al referencia del mismo: el artículo nunca salió a la luz pública, a pesar de que una querida colega hizo gestiones para que fuese publicado en un importante rotativo del país. Todavía espero respuesta del editor del periódico a donde fue enviado. Y, en verdad, tal silencio no me extraña. Hablar del campesinado implica abordar uno de los temas más sensitivos de la sociedad dominicana. Conlleva, entre otras cosas, reconocer uno de los más rotundos fracasos de los que han detentado el poder en la República Dominicana en las últimas décadas. Por razones políticas, el tema del campesinado se ha vuelto tabú; por tal razón, es innombrable. Después de todo, como ha sugerido el intelectual puertorriqueño Arcadio Díaz Quiñones en su libro *La memoria rota* (Río Piedras, 1993), el silencio también es una forma de represión.

Romper el silencio sobre el tema campesino es, precisamente, uno de los grandes méritos del libro cuya puesta en circulación nos convoca esta noche. Hay en la obra del amigo Orlando Inoa una idea cardinal que amerita resaltarse: el enorme costo social que pagaron las masas rurales durante la dictadura trujillista. Este enfoque cuenta con pocos antecedentes en la historiografía dominicana sobre la dictadura de Trujillo (pienso en *Capitalismo y dictadura* [Santo

Domingo 1982], de Roberto Cassá, como una de las pocas obras que adoptan esta perspectiva). Inoa no deja de consignar los "logros" del régimen trujillista, durante sus primeros años, en el fomento de la agricultura dominicana. Entre otras cosas, el Estado se abocó a repartir tierra, crear colonias agrarias, mejorar la infraestructura vial del país y a ampliar la frontera agrícola a través del riego. En conjunto, tales medidas lograron éxitos significativos desde una óptica estrictamente económica. El aumento de la producción de arroz, actividad económica a la que Inoa presta particular atención en su obra, es el ejemplo más elocuente al respecto.

Sin embargo, la curva ascendente de la producción del grano escondía "la otra cara de la historia". Tras la expansión del riego, se encontraban los miles de campesinos forzados a trabajar en la construcción de los canales. Igualmente, sobre los hombros del campesinado descansó la extensión de las vías de comunicación. Inoa ofrece múltiples ejemplos de cómo, tras la retórica oficial del "trabajo voluntario", se escondía una eficiente maquinaria destinada a extraer fuerza de trabajo del campesinado. El autor nos muestra cómo las reuniones obligatorias, denominadas "revistas cívico-agrícolas", el Partido Dominicano, y las "juntas protectoras de la agricultura" se convirtieron en eficaces instrumentos para controlar al campesinado. A través de ellos, el Estado fue capaz, por un lado, de intensificar la explotación económica de las masas rurales; y, por el otro de atender su hegemonía.

Con el creciente poder del Estado se profundizó lo que Inoa denomina la "contradicción del régimen de Trujillo". Mientras las cifras oficiales demostraban el crecimiento de la producción de los ingresos obtenidos gracias a la comercialización de los productos agrícolas, el campesinado se empobrecía. Es decir, los verdaderos creadores de la riqueza agrícola de la República Dominicana eran presa de las enfermedades; perdían sus tierras debido al empuje de los terratenientes y empresarios; sufrían la merma de sus ingresos como resultado del aumento de los precios y de la disminución de los salarios; eran víctimas de un Estado depredador que intentaba apropiado, tal y como hace Inoa, hablar de la "represión económica" que

imperó durante el régimen trujillista. Tampoco está de más resaltar que la misma se ejerció, ante todo, contra las masas campesinas.

Quisiera terminar estas observaciones haciendo una somera reflexión sobre lo que considero que es uno de los principales retos de la historiografía dominicana: trazar las relaciones entre el Estado y el campesinado. A mi modo de ver, del siglo XIX a este momento, tales relaciones se pueden dividir en tres grandes etapas o épocas. Una primera época la ubicaría entre el inicio de la República, en 1844 y 1930, al iniciarse al dictadura trujillista. En esos años, el Estado mostró su incapacidad de dominar cabalmente a las masas rurales. Ciertamente, hubo intentos por controlar al campesinado; entre otros, se pueden mencionar las diversas leyes que pretendieron regular el sistema de tierras, o los esfuerzos de los norteamericanos, entre 1916-24, por aumentar la carga contributiva de los propietarios de tierra. No obstante, hasta 1930, los éxitos del Estado fueron parciales.

Con la dictadura trujillista se inició una nueva relación entre el Estado y el campesinado. Ya hemos visto, en pinceladas gruesas, cuales fueron sus rasgos principales. Como resultado de la represión, pero también gracias al clientelismo, durante el Trujillato, el Estado logró -como he dicho previamente- "domesticar" al campesinado. Al encuadrar a los campesinos dentro de la lógica del mercado, el Estado los volvió dependientes de sus recursos. Por tal razón, luego de la caída de la dictadura, el campesinado continuó ofreciendo su adhesión a aquellos gobernantes que alimentaron tal dependencia. Esta es una perdurable relación que ha ayudado a mantener en el poder a quienes heredaron el orden post-trujillista.

Sin embargo, en los últimos años, ha ocurrido un fenómeno que amerita ponderación. En la actualidad, en la mayoría de los sectores agrícolas, el Estado dominicano y quienes lo representan le han dado la espalda al campesinado. La "modernidad" encarnada por el Estado se desentiende de los hombres y las mujeres del campo. Hoy, cuando la "modernidad" del mercado se vuelve más depredadora, quienes discursivamente se irguieron en adalides del campesinado lo abandonan irremisiblemente.

El Cibao, el este, la línea noroeste y el sur están lejos de ser el insurgente Chiapas mexicano. Pero resulta igualmente ingenuo asumir que en las diversas regiones de la República Dominicana los campesinos habrán de permanecer inermes ante los retos que enfrentan. Inoa nos muestra elocuentes ejemplos de las formas mediante las cuales los campesinos dominicanos intentaron, a través de lo que James Scott ha llamado las "resistencias cotidianas" (**Weapons of the Weak** [New Haven, 1985]) enfrentarse a las medidas estatales. Y éste es otro de los grandes méritos de esta obra. Inoa nos ofrece un panorama sobre el campesinado sustancialmente distinto al que nos presenta las obras tradicionales sobre el Trujillato. El autor consigna diversas instancias de resistencia campesina: resistencias individuales, cierto; resistencias carentes de organización, no lo dudemos; resistencias instintivas más que determinadas por consideraciones ideológicas, por descontado. Por lo grandioso es que hubiese campesinos que a pesar de encontrarse ante un poder omnímodo y feroz, estuviesen dispuestos a afirmar su humanidad, enfrentándosele.

Ilustrar todo esto en una obra que se distingue por el extraordinario manejo documental y bibliográfico del autor, y por su rigor académico no es poca cosa. Pero sobre todo, Inoa ha contribuido a romper un silencio ominoso en torno al tema campesino. Sí: el silencio es una forma de represión. Por lo tanto, al historiador Orlando Inoa le extiendo mi reconocimiento intelectual por contribuir a romper ese silencio. Al autor de **Estado y campesinos al inicio de la Era de Trujillo**, mi reconocimiento como ciudadano y como ser humano por contribuir a que termine la represión.

Y a ustedes, mi gratitud por escuchar estas opiniones de un puertorriqueño que tiene a este país y a su gente irremediamente metidos en la piel y el corazón.